

PARA TÍTULOS PROFESIONALES DE LICENCIATURA (TERCER NIVEL)

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR

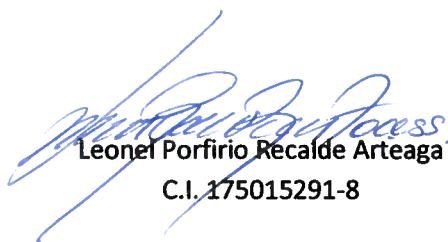
DECLARACIÓN y AUTORIZACIÓN

Yo, **LEONEL PORFIRIO RECALDE ARTEAGA** con Cédula de Identidad No. **175015291-8**, autor del trabajo de graduación intitulado: **“LA CUESTIÓN DE LA NADA EN SARTRE COMO RESPONSABILIDAD ANTE EL MUNDO”**, previa a la obtención del título profesional de **LICENCIADO EN FILOSOFÍA** en la Facultad Eclesiástica de **Ciencias Filosófico-Teológicas**:

1.- Declaro tener pleno conocimiento de la obligación que tiene la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, de conformidad con el artículo 144 de la Ley Orgánica de Educación Superior, de entregar a la SENESCYT en formato digital una copia del referido trabajo de graduación para que sea integrado al Sistema Nacional de Información de la Educación Superior del Ecuador para su difusión pública respetando los derechos de autor.

2.- Autorizo a la Pontificia Universidad Católica del Ecuador a difundir a través de sitio web de la Biblioteca de la PUCE el referido trabajo de graduación, respetando las políticas de propiedad intelectual de Universidad.

Quito, 13 de abril de 2016


Leonel Porfirio Recalde Arteaga
C.I. 175015291-8

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR
FACULTAD DE CIENCIAS FILOSÓFICO TEOLÓGICAS
ESCUELA DE FILOSOFÍA**

**DISERTACIÓN PREVIA A LA OBTENCIÓN DEL TÍTULO DE
LICENCIADO EN FILOSOFÍA**

**LA CUESTIÓN DE LA NADA EN SARTRE COMO
RESPONSABILIDAD ANTE EL MUNDO**

**AUTOR: LEONEL PORFIRIO RECALDE ARTEAGA
DIRECTOR: ALFONSO MONTALVO ZUMÁRRAGA**

QUITO, 2015

RESUMEN

La nada se presenta como el telón de fondo en el que se enmarca cada acto libre del ser humano, y este es alguien dinámico capaz de construir el mundo por su propia cuenta. No hay nada ni nadie detrás de la humanidad protagonizando lo que acontece en la cotidianidad de su historia. Desde esta perspectiva la acción de la persona es la única responsable de cada eventualidad social, política, cultural y económica. Así, la responsabilidad no es un constructo axiológico, sino la constitución propia de la situación humana que necesariamente se fundamenta en su libertad. Por esta razón, los actos no se pueden escindir de la persona, ya que ellos la edifican, conformando una realidad palpable y no una abstracción inalcanzable. El asumir la responsabilidad de la construcción del mundo puede invitar al sujeto a contemplar lo que le rodea desde la náusea existencial y la frustración, llevándolo, de alguna forma, a señalar otro responsable del mundo, sin lograr conseguirlo, pues la nada deja en evidencia que el ser-para-sí es el único capaz de intervenir en el espacio – tiempo, para obtener eso que puede afirmar como “mi mundo”.

Palabras clave: ser, nada, mundo, responsabilidad, libertad, acto, hipóstasis.

ABSTRACT

The nothingness comes as the backdrop, in which every free act of human being defines, and this is one dynamic able to create the world on their own. There is nothing and nobody behind humanity starring what occurs in the everyday life of its history. From this perspective, the person's action is the only responsible for each social, political, cultural and economic eventuality. Thus, responsibility is not an axiological builder but the appropriate formation of the human situation that necessarily is based on freedom. For this reason, actions cannot be separated from a person, since these actions build, creating a palpable reality and not an unachievable abstraction. Taking responsibility for the world creation may invite the subject to look around that surrounds it, from existential nausea and frustration, taking it, in some way, to point out another responsible for the world, and not to get it, so the nothingness shows up in evidence that being-for-itself is the only one capable of intervening in space - time, to get that we can affirm "my world."

Descriptors: being, nothingness, responsibility, freedom, act, hypostasis

ÍNDICE

Introducción.....	1
1. El humano concreto	4
1.1. La actitud interrogativa	4
1.2. El humano concreto.....	8
1.3. La pregunta – respuesta manifiesta la nada	10
2. El mundo del humano concreto	14
2.1. La nada manifiesta al mundo	14
2.2. La nada como relación con el mundo.....	15
2.3. La nada que hace del mundo otro y mío	17
3. La responsabilidad de la consciencia libre	22
3.1. El mundo como la afirmacion del humano concreto	22
3.2. El ser humano responsabilizado.....	23
3.3. La responsabilidad de la consciencia	26
3.4. La responsabilidad como la hipostasis de la libertad y el acto libre	30
Conclusión.....	34
Bibliografía.....	36

INTRODUCCIÓN

En algunos eventos de la vida actual, pareciera que suceden cosas que pudieran independizarse de la responsabilidad humana. En varias oportunidades, las noticias que se publican en los medios de comunicación hacen referencia a un conjunto de conceptos que hacen suponer que tienen vida propia. Por ejemplo, se habla de pobreza, se habla de guerra, se habla de sistemas de corrupción, se habla de sistemas de violencia, entre otros. En otras noticias, se hace referencia a lo político, a lo económico, a lo social y hasta a lo psicológico.

La popularidad que tienen estos conceptos es tan grande que se abren debates y hasta se los caracteriza de una forma tal que, en algunos casos, parece que salieron de algún mundo completamente diferente al del ser humano. Así, ese mundo cobra vida y se convierte en el peor de los enemigos de la condición humana. Y lo que se quiere es independizarse de él a como dé lugar.

Esto lleva a preguntarse sobre lo que mueve a esas conceptualidades reales; sobre lo que está detrás de ese conjunto de cosas que afectan al ser humano y que parecen, en cierta manera, incontrolables para él. Entonces, se desatan especulaciones sobre lo que viene después, hasta el punto de pensar en la erradicación de la naturaleza humana por la misma acción que ejerce sobre el planeta y sus recursos. Así, el problema se vuelve ecológico, técnico, científico, sociológico, cultural, religioso; entre otros nombres que tienen los problemas que acechan constantemente el bienestar de los que habitan en este mundo.

La pregunta sobre el origen de esas afectaciones pone necesariamente la vista sobre el ser humano. Es él el que ha ido tejiendo un mundo, que en algunos momentos de la actualidad, pareciera que se escapa de las manos, y pretende dejarle la responsabilidad de sus

consecuencias negativas a otro desconocido. Sin embargo, en este ejercicio de abandono de la responsabilidad lo que se denota con más claridad es que no puede haber nadie más protagonizando la construcción del mundo.

En el intento de responder el interrogante sobre el origen del problema, llama la atención la perspectiva de la nada que explica Sartre en su libro *El ser y la nada*. Las ideas que este autor desarrolla en este libro son una inspiración para plantearse una reflexión filosófica sobre la responsabilidad que tiene cada uno para con el mundo; por lo tanto, en esta disertación se quiere profundizar en el concepto de la nada en Sartre, planteando lo siguiente ¿es la nada el fundamento de la responsabilidad ante el mundo?

Entonces, el presente trabajo se quiere ubicar en la corriente del existencialismo, pero específicamente en el que propone Sartre en su libro *El ser y la nada*. Así, el tema va orientado a la situación del humano de ir siendo en su existencia, o sea, de irse construyendo a sí mismo; haciendo hincapié en la capacidad de elección que posee cada sujeto humano y que conlleva una responsabilidad, pues detrás de cada acto, no hay nada más que la misma consciencia libre para respaldar cada elección decisiva.

El libro *El Principio de la Responsabilidad* de Hans Jonas, permitirá completar la visión sartreana de la implicación que se da entre acto y persona libre. De esta manera, la idea de la nada y la de la responsabilidad ayudan a responder lo que está detrás del mundo. De ahí que en el presente trabajo, se intentará definir lo que es el ser humano, como sujeto dinámico, que cuestiona cada cosa existente, siendo él mismo el protagonista de cada respuesta.

Luego se pasará a mostrar lo que producen esas respuestas del humano concreto, que poco a poco se van convirtiendo en el mundo, en “su” mundo, que no es ajeno, sino tan suyo que puede llevarle al vértigo de la obra que han producido y producen sus manos. Así se llegará a la responsabilidad que posee cada persona en la construcción de lo que se le presenta como diferente, pero a la vez tan asido a su ser, que le es imposible transmitir las consecuencias de sus acciones libres a algo o alguien más.

Aunque a primera vista la palabra “responsabilidad” pertenece al estudio ético, la presente disertación no quiere ubicarse en una explicación axiológica, más bien es un intento de antropología filosófica, pensando la responsabilidad como constitutivo propio de la actuación humana y no como una cualidad moral positiva que lleva a calificar a una persona como buena.

Así, la pretensión sencilla de este trabajo no va más allá de una pequeña motivación personal, que puede desarrollarse con más detenimiento en otro momento. Por ahora, solo se quiere sembrar un interrogante en los que lean este texto, y por ningún momento se quiere agotar un tema que mientras esté en la mente humana puede ampliarse más tarde por personas lo suficientemente instruidas para tal acometido.

1. EL HUMANO CONCRETO

1.1. LA ACTITUD INTERROGATIVA

El ser humano se encuentra sumergido en la realidad que lo contiene y de la que hace parte. Él no puede evadir su situación dentro de eso que lo precede y a la vez lo sobrepasa; por lo tanto, debe encontrar el modo de enfrentarla. Y es un enfrentamiento porque está ahí en frente, no se trata de una riña, sino de una actitud que lo pone como oponente de lo real. Además, esa actitud lo contrapone a sí mismo, pues también él mismo es parte de la realidad.

Esa contraposición no puede enfrentarse de otra manera que a través de la interrogación. Pero el acto interrogativo, al que se hace alusión en esta sección, no puede ser consecuencia lógica de la capacidad cognitiva que posee el ser humano. “[...] no es simplemente el conjunto objetivo de palabras [...], es una actitud humana dotada de significación.” (Sartre, 1966, pág. 42) Por otro lado, cuando se dice “actitud” no se está haciendo referencia al gesto subjetivo producto de una emoción; más bien, es el modo de ser propio del ser humano, en el que se involucran todas sus capacidades. Es su integralidad en acto.

Aquí, lo que mueve al ser humano no es una curiosidad intelectual que se conforma con la explicación funcional de las cosas que lo rodean. Las respuestas que busca el ser humano no corresponden al estilo enciclopédico; ellas tienen que ver con lo que es y con lo que él es. Es un deseo de conocimiento de lo íntimo más íntimo que lo constituye a él y a lo que tiene enfrente.

La actitud interrogativa es un modo de ser propio de la naturaleza humana, se puede decir que es su modo de asirse de la realidad. Es su forma de aprehender eso que parece

inaprehensible. Es así como cada individuo se mueve dentro de la realidad y lo hace con todo su ser, de ahí que la intención interrogativa vaya más allá de un conjunto de palabras.

La interrogación se formula con un juicio interrogativo, pero no es juicio: es una conducta prejudicativa; puedo interrogar con la mirada, con el gesto; por medio de la interrogación, me mantengo de cierta manera frente al ser, y esta relación con el ser es una relación de ser, de la cual el juicio no es sino una expresión facultativa. (Sartre, 1966, pág. 19)

La interrogación tiene como objetivo responder. El humano busca y lo que quiere encontrar es una respuesta. En el desarrollo de la filosofía naturalista de los siglos V – VI a. C. se nota el planteamiento de una pregunta fundamental: ¿Cuál es el *arché* de todo lo que existe? El deseo de estos humanos era dar respuesta a aquello que estaba frente a ellos: el cosmos. Ellos se sentían interpelados por ese orden que los sobrepasaba y lanzan la pregunta a ese mismo *κόσμος*. De ahí proviene su calificativo: naturalistas, ya que su respuesta se fundamenta en los elementos naturales que observaban con una mirada profunda y acuciante. Sin embargo, quienes dieron la respuesta fueron ellos mismos desde su realidad concreta. Pues, no se puede decir que el agua o el aire o el fuego se propusieron a sí mismos como principio u origen de todo lo que existe. Ninguna de esas cosas que estaban ahí podía tomar la palabra y contestar esas inquietudes.

La insatisfacción de la respuesta es la que impulsa a seguir interrogando. Porque la pregunta sobre el *arché* no se refiere a un punto de inicio dentro del espacio y el tiempo. Lo que se busca es un fundamento para todo lo que existe. De ahí que para los sofistas, dicho principio esté en el propio humano. Así, afirmarán que “el hombre es la medida de todas las cosas, de las que son en aquello que son y de las que no son en aquello que no son. (principio del homo mensura” (Giovanni & Antiseri, 2001, pág. 78) En este momento, los ojos han sido puestos en las actividades que realiza el humano dentro de la sociedad: y la educación del humano, el arte, la retórica, la ética, la política, se proponen como punto de reflexión, partiendo siempre desde la interrogación. Una vez más, la salida no viene más que de los mismos humanos, que se interesan por obtener una respuesta consistente.

La necesidad de encontrar algo que sea sostenible lleva a encontrarse con la filosofía de Platón y de Aristóteles. De su pensamiento se obtiene una respuesta lógica y estructurada. Para Platón, lo que sostiene todo cuanto existe es lo Inteligible, ese es el fundamento

último, pero más adelante Aristóteles propondrá como pilar fundamental al Ser. De esta manera se incorporan categorías como la del Bien, Causa Primera, Motor Primero, Acto Puro. Se desarrolla la “teoría de las ideas” y nace “la filosofía primera”. Todo este discurso con el fin de dar respuesta a aquella pregunta que desde hace tiempo empezó a incomodar la propia naturaleza del humano. Pero ¿quién la ha contestado?, ¿ha venido esa Idea o ese Ser a manifestarse como lo que sostienen el todo? Otra vez ha respondido el ser humano.

En la Edad Media, la pregunta sobre el origen de toda la existencia tiene su última respuesta en Dios. En esta época, dicha respuesta tiene tales repercusiones que no se admite otra forma de contestarse ante toda esa realidad que conforme avanza el tiempo se hace más interesante. Aunque la respuesta teológica parecía la solución al problema, continúa el cuestionamiento, prueba de ello son los postulados científicos que se fueron dando a pesar de las circunstancias del momento; por ejemplo, lo que se refería a la posición de la Tierra y del Sol, y de otros asuntos que en este caso no interesa mencionar. Sin embargo, lo que fuera la respuesta en la época medieval, con el paso del tiempo se convierte en algo que hay que desterrar lo más pronto posible, para darle paso al *anthropos* (*Ἀνθρώπος*). Así, el Siglo de las Luces, ya no quiere una solución metafísica, alejada de lo humano, más bien la quiere encontrar en su Razón.

En el inicio de la modernidad, Descartes se centra totalmente en el sujeto humano, y convierte la interrogación en método. La duda metódica es una pregunta o un conjunto de preguntas que hace este filósofo para desentrañar lo claro y lo distinto. Quiere descubrir lo indubitable en lo que existe. Pues, “...no hay cosa alguna sobre la que no se pueda dudar, no por falta de consideración o ligereza, sino por razones fuertes y bien pensadas.” (Descartes, 1997, pág. 7)

La pregunta ¿cuál es el origen de todo lo que existe? se transforma en preguntas como: “¿Qué es entonces lo cierto? [...] ¿Cómo sé que no hay nada distinto de lo que acabo de mencionar, sobre lo que no haya ni siquiera ocasión de dudar?” (Descartes, 1997, pág. 10) De estas preguntas se puede inferir un descontento total con lo que hasta entonces se había propuesto como respuestas últimas. Pareciera que en él se sintetiza el anhelo humano de encontrar el sustento total de lo que se encuentra en frente. Ciertamente, Descartes, no quiere dar una respuesta existencial, pero a la pregunta “[...] ¿Soy, por lo tanto algo? [...]

¿qué soy en ese caso?[...]” (Descartes, 1997, pág. 10), él responde: “Yo soy, yo existo” (Descartes, 1997, pág. 10) Dicha respuesta remite a una existencialidad que se enfrenta a la realidad a través de una actitud interrogativa, y que no quiere abandonar la seguridad de una respuesta. De ahí que responda: “existe el pensamiento” (Descartes, 1997, pág. 12).

Este filósofo describe detalladamente todas las características de la actitud interrogativa,¹ pues, la *res cogitans* lo que hace es preguntarse o preguntar a alguien o a algo, porque no tiene seguridad en la respuesta que antes se ha dado. Pero él no se atreve² a poner énfasis en ese modo de ponerse frente a la realidad. Más bien, se pierde en lo claro y distinto de la cosa que piensa, y no quiere tratarla en su situación concreta. No quiere enfrentar la nada, ya que “la nada no puede crear algo” (Descartes, *Meditaciones Metafísicas*, 1963, pág. 71).

En la reflexión que se está haciendo sobra la infinidad de respuestas que pudieron darse o puedan darse, lo que interesa es la actitud interrogativa con la que el ser humano se enfrenta a la realidad. Él se pregunta y quiere una respuesta para su ser y para el ser de lo que está ahí al frente. Pero no le basta con una explicación del mundo que le rodea; la pregunta supera la curiosidad de saber cómo funciona la realidad que le sobrepasa. Desea obtener el sentido del todo. De ahí que la actitud humana de la interrogación se llene de significado (Sartre, 1966, pág. Cfr. 42) y se convierta en una herramienta precisa para intentar comprender el fundamento último de toda la existencia.

Entonces, esa mirada que había empezado centrándose en el cosmos, ha ido girándose hacia el que mira. Al no encontrar ninguna respuesta ahí, ahora pretende encontrarla en el propio ser humano. Cada momento histórico ha propuesto respuestas a esas preguntas fundamentales que se han planteado desde el comienzo de la especie humana. Se quiere saber cuál es el origen de todo, se quiere saber qué es lo verdadero, se quiere saber qué es saber. Se quiere aprehender la realidad, y no hay otro recurso que preguntar. Preguntarle a la naturaleza, preguntarle a lo que no se puede constatar por medio de los sentidos, preguntarle a la razón y sus características. Preguntarle al mismo humano.

¹ Decimos esto porque describe la cosa que piensa como cosa que duda, que conoce, que quiere, que niega, que afirma, que rechaza, que imagina, que siente. Se puede decir que estas actitudes son modos de pensar. (Descartes, *Meditaciones Metafísicas*, 1997, págs. Cfr. 13 - 14).

² Este “no se atreve” es metafórico. No se quiere afirmar que Descartes haya evadido algo. Se puede asegurar que sus intereses eran otros.

La pregunta a la que se hace referencia no es solamente una proposición lingüística. La pregunta lleva implícito el modo con el que se intenta “contestar” a eso que está al frente. Se puede decir que la actitud interrogativa deja de manifiesto un modo de ser propio del ser humano. Un modo que deja ver dos momentos: el primero, cuando se cuestiona lo que está ahí; el segundo, cuando se propone una respuesta. Sin embargo, son momentos de un mismo sujeto que está ahí, frente a todo lo que le rodea. Es así como queda al descubierto la plena subjetividad de la humanidad.

Volver la mirada sobre el sujeto que se pregunta, podría ayudar a encontrar la respuesta que conteste el todo que está ahí. Pues, este cambio de enfoque se dirige hacia un modo de comprensión de la realidad; un modo que tiene que ver con la constitución misma del ser humano. Esta perspectiva sugiere la pregunta sobre lo que es el sujeto que se pregunta, y así se puede entrar en el análisis de lo que es el ser humano en concreto.

1.2. EL HUMANO CONCRETO

La solución de un problema no puede encontrarse desde las consecuencias que, por lo general, son las más visibles. Hay que ir a la médula del problema para poder, desde ahí, generar una posible solución. En el presente caso, no se puede pretender solucionar el problema desde el análisis de las respuestas que se han dado y se siguen dando, más bien, hay que volverse sobre la fuente misma de la interrogación. Y hasta en esta vuelta hay que partir de la pregunta: ¿Dónde nace la actitud interrogativa? ¿Qué o quién interroga? Podría decirse que la respuesta es muy obvia, pero quizá esa obviedad haya hecho que la responsabilidad sea vista como una mera virtud, siendo esta la forma con la que asume cada individuo su estancia en el mundo. Se puede decir que la responsabilidad es la respuesta de modo vivencial, en donde se ve implicada la persona en su totalidad. Más adelante se detendrá en este asunto, por ahora hay que centrarse en la respuesta que se puede dar a las preguntas planteadas.

La interrogación nace en el ser humano. La cosa que duda, que conoce, que quiere, que niega, que afirma, que rechaza, que imagina, que siente³ es la que interpela el mundo. Y lo hace desde la necesidad que surge en su interior de encontrar su esencia, su fundamento, su origen,...su ser. En este despliegue de la actitud interrogativa que busca una respuesta, lo que se afirma como inamovible es el ser humano. Un ser humano que se presenta como una actitud cuestionadora frente a sí mismo, frente a los demás y frente a lo que está ahí. Sin embargo, para desentrañar esta actitud debe realizar un acto de voluntad que le permita profundizar en su constitución.

La mirada que el sujeto dirige hacia afuera, ahora debe ubicarse en él mismo. “Es posible que la revolución cartesiana haya consistido esencialmente en esta decisión heroica de la voluntad de ceder sólo ante la evidencia.” (Lancroix, 1971, pág. 127) Entonces, ¿qué es lo que se puede evidenciar en las preguntas y en las respuestas que ha propuesto la humanidad en cada momento de la historia? Lo que se puede evidenciar es que la pregunta y la respuesta están contenidas en el mismo sujeto que mira.

El individuo humano se enfrenta a la realidad cuestionándola y formula una respuesta para eso que no tiene una voz propia para contestarle lo que él, como actitud interrogativa, desea. De esta manera, se presenta un movimiento de consciencia, en el que él sale como pregunta y regresa como respuesta. Así, la pregunta y la respuesta se contienen en el ser humano. Este movimiento es la forma como él enfrenta la realidad. En la observación del cuestionamiento es donde se puede definir la concreción humana.

El “yo pienso, yo existo” de Descartes ubica al humano frente a lo indubitable de su concreción. Pero no por la consecuencia que él saca (existe el pensamiento), sino porque la pregunta que él desea desentrañar pone al humano frente a la evidencia de sí mismo. La cosa que piensa no puede entenderse sino desde la perspectiva del que piensa y de lo que está frente a él. Así, la *res cogitans* que a la vez es *res extensa*, y que además es consciente de ello, puede evadirse y dar una respuesta inmediata a su interrogante, por ejemplo: existe el pensamiento. Pero el pensar no se entiende fuera del sujeto que piensa, que interroga, que siente, que es consciente de todo lo que existe.

³ Son palabras de Descartes que habíamos citado anteriormente.

El humano concreto es la mirada hacia la realidad en la cual él mismo está contenido. Su concreción tiene que ver con lo que tiene de realidad aprehendida en la respuesta y con lo que lo diferencia de ella. La lucha que se juega en el movimiento pregunta – respuesta es lo que hace entender al humano como concreto. Esto deja de lado el planteamiento de un fundamento estático de lo que es el ser humano. La actitud interrogativa está en constante actividad, pues la consciencia del sujeto interrogador constantemente es interpelada por la realidad.

Entonces, ¿cómo entender lo concreto del humano? ¿Acaso como una roca firme donde se sostiene todo lo que existe? se debe contestar que no, ya que el humano concreto es ese movimiento de conciencia que se desenvuelve con la actitud interrogativa, y que al regresar como respuesta se ubica en un lugar y en un momento frente a eso que le antecede y le sobrepasa. Se puede decir que lo concreto del humano se define en la relación que existe entre él y la realidad. Además, esa “relacionalidad” no evade el hecho de ser él mismo realidad, y de la que ha aprehendido unas respuestas para construir su mundo.

El ser humano concreto utiliza su actitud interrogativa como un anzuelo que lanza a la realidad para pescar ese fundamento compacto e inamovible. Busca una razón de ser de lo que existe y también de su propia existencia. Pero dicho fundamento no existe fuera de él, no existe fuera de su concreción, pues no es un algo acabado y distinto a él que deba ser pescado, es más bien algo que va edificando él mismo.

La concreción del ser humano muestra que no hay algo o alguien diferente a él que pueda contestar los interrogantes que se plantea cada vez que se enfrenta a la realidad. Al estar solamente él, como pregunta – respuesta, se abre el telón y lo que queda al descubierto es la nada.

1.3. LA PREGUNTA – RESPUESTA MANIFIESTA LA NADA

El ser humano interpela a la realidad por medio de su actitud interrogativa. Esta es la herramienta que le permite cuestionar aquello que lo abarca sin su permiso. En ese cuestionamiento surge la imperiosa necesidad de una respuesta. Respuesta que debe satisfacer las más recónditas dudas que existen en lo humano. Sin embargo, no hay nadie que le responda. No existe una respuesta ajena a él mismo.

El ser humano es el que ha respondido, responde y responderá siempre a sus propias preguntas. No ha venido algún mineral a presentarse como último fundamento. No ha venido ningún concepto metafísico para afirmar su absoluto predominio sobre todo lo que existe. No ha venido Dios para manifestar su existencia y llenar los vacíos por la falta de una respuesta definitiva. Ni la razón, ni la ciencia, ni la técnica, ni el dinero han cobrado vida para decir: somos la solución a todos los cuestionamientos humanos que acontecen a diario.

El ser humano que pregunta y contesta, como en un eterno monólogo, es el que ha dado las maravillosas respuestas científicas que ha celebrado la humanidad y aquellas que tal vez sean menos grandiosas. Cada vez que se pone una respuesta sobre la mesa, se deja de lado lo que sobrepasa a esa pregunta en ese momento y en ese espacio determinado. Así, cuando el humano científico⁴ pone al frente al cosmos, al universo, a la naturaleza, deja de lado lo cultural, lo social, lo religioso, lo económico. Cuando se dice: “el universo empezó a existir a partir de una singularidad⁵”, se niega la posibilidad de Dios, y cuando se dice: “el universo ha sido creado por Dios”, se niega la posibilidad de que esa singularidad cósmica como respuesta científica satisfaga algunas interrogantes que esperan en fila. Y cuando se trata de enfatizar dichas afirmaciones (respuestas), todavía queda la pregunta ¿entonces, hemos encontrado la felicidad, ya se acabaron todos los problemas?

⁴ En este punto se hace referencia a las ciencias empíricas, experimentables.

⁵ Una singularidad, de modo informal y desde un punto de vista físico, puede definirse como una zona del espacio-tiempo donde no se puede definir alguna magnitud física relacionada con los campos gravitatorios, tales como la curvatura, u otras. Numerosos ejemplos de singularidades aparecen en situaciones realistas en el marco de la Relatividad General en soluciones de las ecuaciones de Einstein, entre los que cabe citar la descripción de agujeros negros (como puede ser la métrica de Schwarzschild) o a la descripción del origen del universo (métrica de Robertson-Walker). (Wikipedia, 2012)

En todos los momentos y en todos los lugares la respuesta viene del que pregunta, no hay nada más. Desde esta perspectiva es que se puede afirmar que la respuesta manifiesta la nada, no como lo contrario al ser, sino como lo que se nihiliza (Sartre, 1966, págs. Cfr. 24 - 25). La pregunta contestada se enmarca en un escenario nihilizado. Pues, cuando la atención del sujeto que interroga se focaliza en una determinada respuesta, todo lo demás queda totalmente negado.

Pues la negación es denegación de existencia. Por ella, un ser (o un modo de ser) es primero afirmado y luego rechazado a la nada. Si la negación es una categoría, si no es más que un matasellos indiferentemente aplicado a ciertos juicios, ¿de dónde se sacará su posibilidad de nihilizar un ser, de hacerlo surgir de pronto y nombrarlo, para rechazarlo al no-ser? (Sartre, 1966, pág. 22)

La nihilización es un acto que viene a realizarse sobre el ser. De ahí que se pueda afirmar con toda seguridad que la nada infesta el ser (Sartre, 1966, pág. Cfr. 52). El ser de la realidad se encuentra siempre ahí, frente al ser humano. El movimiento de su actitud interrogativa es el que trae a la existencia la nada. “Lo cual significa que el ser es anterior a la nada, y la funda.” (Sartre, 1966, pág. 56) Esto lo podemos observar desde el mismo momento en que surge la interrogación. Hay algo que interpela, hay algo que está ahí afuera, pero también el sujeto que interroga se concibe como estando ahí. Todo es, pero en este ser se pone de manifiesto la nada, ella se da en la superficie del ser. (Sartre, 1966, pág. Cfr. 56)

Y he aquí que una ojeada a la interrogación misma, en el momento en que creíamos alcanzar la meta, nos revela de pronto que estamos rodeados de nada. La posibilidad permanente del no-ser, fuera de nosotros y, en nosotros, condiciona nuestras interrogantes sobre el ser. Y el mismo no-ser circunscribirá la respuesta: lo que el ser será se recortará necesariamente sobre el fondo de lo que el ser no es. Cualquiera que sea esta respuesta, podrá formularse así: “El ser es eso y fuera de eso, nada”. (Sartre, 1966, pág. 44)

Por esa razón es que “no existen conceptos científicos permanentes... ¿Por qué razón son solo provisorios? Porque...la parte del mundo que podemos inspeccionar y analizar es siempre finita.” (Bronowski, 1997, pág. 110) Fuera de dichos conceptos no hay nada. “Siempre tenemos que decir que el resto del mundo no influye en esta parte, y nunca es

cierto. Tan sólo hacemos una invención temporaria que cubre la parte del mundo a la que podemos acceder en ese momento.” (Bronowski, 1997, pág. 110)

De esta forma, la concreción humana en su doble movimiento (pregunta – respuesta) ha captado la nada. En su intento por encontrar algo más que su propia concreción, para responsabilizarlo de sus respuestas, ha ido abordando la realidad y ha ido construyendo el mundo. De ahí que no pueda desentenderse de él como si éste le perteneciera a alguien más.

El ser humano es el que construye el mundo, pues como sujeto interrogador no podrá aprehender más que fenómenos. Constructos que ha ido elaborando y que elabora en el trascurso del movimiento de su conciencia, que se hacen palpables en su actitud pregunta – respuesta.

2. EL MUNDO DEL HUMANO CONCRETO

2.1. LA NADA MANIFIESTA AL MUNDO

La respuesta que manifiesta la nada extiende la posibilidad del presente análisis, hacia lo que es el mundo. Y ¿por qué la manifestación de la nada, por medio de la respuesta dada a determinada interrogación, puede llevar al ser del mundo? Porque el sujeto que interroga organiza la realidad de acuerdo a esa respuesta. Focalizado en lo que movió su actitud interrogativa, deja a un lado lo que se encuentra fuera de esa respuesta. De cierta manera no le interesa lo que está *ad extra* de lo respondido. En este momento lo que es, es lo que tiene respondido; "...he aquí que la nada se da como aquello por lo cual el mundo recibe sus contornos de mundo." (Sartre, 1966, pág. 58)

Se puede decir que el mundo es el conjunto de las respuestas que el ser humano ha ido dando a lo que le acontece estando ahí, frente a esa realidad que lo precede y lo excede. Y la periferia del mundo, que se ubica fuera de la actitud interrogativa humana, es la nada que moldea el mundo que se puede entender como lo que ha sido respondido, aunque no de manera absoluta y permanente. Entonces, se puede decir que "el mundo está "suspendido" en la nada." (Sartre, 1966, pág. 58)

La periferia (la nada), que se ubica fuera del mundo, puede observarse cuando alguien se fija en un objeto de su interés y nihiliza los demás objetos que están ahí, ellos no existen a su mirada porque no satisfacen la curiosidad interrogativa que tiene en ese momento determinado. Por ejemplo, si se busca las llaves del carro sobre la mesa de noche, para la mirada no existirá la lámpara, el lápiz o el reloj que en ese momento también están sobre dicha mesa. Así, dentro de la nihilización del resto de objetos que están sobre la mesa, se figura la existencia de las llaves, que es lo que colmará su interés interrogativo para ese instante.

De esta manera, la humanidad ha elaborado un entramado de respuestas que dejan a un lado lo no respondido y ha ido ahondando en lo que ya tiene una respuesta. Entonces, el mundo puede ampliarse o reducirse de acuerdo al movimiento nihilizador, que pondrá lo no respondido como la delimitación de la respuesta. Aquí se hace referencia a todo el conjunto de soluciones dadas a la cantidad de interrogantes que ha propuesto el ser humano sobre la realidad, o a la pequeña respuesta que se da acerca de un interés cotidiano, como en el ejemplo que se puso anteriormente.

Así se va construyendo el mundo, en ese dinamismo que obliga constantemente a la actitud interrogativa a seguir enfrentando y respondiendo a lo que le interroga. Los ladrillos que lo constituyen son todas las respuestas que han sido puestas en cada momento y espacio de la historia humana, que sin embargo solo se ponen en evidencia cuando están frente a la mirada de alguien. Alguien que nihilizando lo demás, muestra esto o aquello.

2.2. LA NADA COMO RELACIÓN CON EL MUNDO

La construcción del mundo, muchas veces, se asimila como algo diferente del constructor, a tal punto llega la distinción que, se genera una especie de olvido en quién se empeña día a día en seguirlo edificando. Pareciera que lo construido es algo completamente ajeno a su artífice y se va desarrollando una eminente contraposición: mundo y concreción humana. Esta supuesta independización es la que otorga una especie de soplo de vida propia al mundo y lleva a observarlo como algo distinto del humano. La misma historicidad hace ver a ese mundo como evolucionando, como distinto al antiguo y al futuro. A la vez que permite catalogar lo actual como mejor o como peor ante la referencia inmediata de eso que se supone ya pasado.

En esta observación, se puede ver que no hay nada que inmediatamente pueda entenderse como lazo que una la concreción humana con el mundo. Pero, la nada que se establece entre el mundo construido y el humano concreto es un movimiento nihilizador. No es una membrana que intenta proteger lo construido, o en su defecto al constructor. Así, la nada se convierte en la relación que se establece entre la humanidad y la mundaneidad. Se puede decir que es el puente por el que ambos se conectan y se comunican. Es esto, la nada, lo

que debe impedir pensar en algo diferente a la concreción humana como lo responsable de esa construcción.

La nada que relaciona al humano con el mundo es la que permite establecer diferencias entre el que pregunta y lo preguntado; entre el que responde y lo respondido. Es en la que se funda todo vínculo, pero es a la vez lo que marca una frontera que deja contemplar ese mundo como distinto y no como producto de la actividad libre de la consciencia del humano. “La característica de la ipseidad (*Selbstheit*), en efecto, es que el hombre está siempre separado de lo que él es por toda la amplitud del ser que él no es.” (Sartre, 1966, pág. 58) Pues en esa separación cobra existencia el mundo como algo completamente otro al sí mismo del ser humano. De ahí, que surja el deseo de volverse amigo o enemigo de él.

La nada es una relación que impide la independización del mundo. Caer en la cuenta de dicha verdad es lo que lleva a la angustia y es desde ella que se puede comprender la afirmación: “Estoy lleno de angustia: el menor gesto me compromete.” (Sartre, 2000, pág. 46) De esta manera, la nada es una relación en acto, ella no puede concebirse como una abstracción mental que nada comporta en la vida cotidiana. Es esa captación a – empírica de la nada la que pone en aprietos al sujeto que quiere contestar la pregunta ¿qué es lo que me une al mundo? ¿Yo he construido ese mundo, puedo contemplarlo como otro, pero por qué no puedo dejarme de verme comprometido con él? Por eso es que “tanto cuesta imaginar la nada.” (Sartre, 1966, pág. 79)

La nada que es relación con el mundo no puede imaginarse, porque no puede concebirse como algo que pueda ser respondido. “La nada no puede ser nada a menos que se nihilice expresamente como nada del mundo; es decir, a menos que, en su nihilización, se dirija expresamente hacia este mundo para constituirse como denegación del mundo.” (Sartre, 1966, pág. 59) Así, el ser humano no lo entiende pero lo experimenta como lo que lo sujeta y no lo deja libre de esto que ha realizado. El mundo es la obra de sus manos y sigue allende a ellas.

“Existen [...] numerosas actitudes de la “realidad humana” que implican una “comprensión” de la nada: el odio, la prohibición, el pesar, etcétera.” (Sartre, 1966, pág. 57) Estos son actos que se desprenden de la consciencia libre que va nihilizando para poder existir y

hacer existir. Por lo tanto, esa construcción del mundo no puede separarse, porque es la construcción de su propio ser.

2.3. LA NADA QUE HACE DEL MUNDO OTRO Y MÍO

Pareciera que en la medida en que se avanza en la aprehensión de lo mundano, se va logrando algo completamente diferente a la misma humanidad. Y se contempla la sensación de que el mundo tiene vida propia. Así, éste se convierte en una especie de enemigo al que hay que oponerle a la estructura misma del ser humano. Esto es lo que puede llevar a entender la concreción humana como “ser-en-el-mundo” (Sartre, 1966, pág. 42) (Luypen, 1967). Sin embargo, sería posible tal afirmación si con “mundo” se hiciera referencia a la existencia total de la naturaleza, al planeta Tierra, al universo. Pero, en la mayoría de los casos, pareciera que éste cosmos (ordenamiento), que puede denominarse ser-ahí, hace parte del conjunto estructural mundano elaborado por el enfrentamiento del humano con la realidad.

El mundo ha sido construido por la concreción humana. Su actitud interrogativa, que poco a poco ha ido encontrando respuestas, es la que ha desencadenado ese conjunto de reacciones responsivas que van edificando la mundaneidad. Desde esta perspectiva, la nada se presenta como aquella no-aprehensión que le va dando contorno a ese mundo. Pero, también, como una negación, herramienta necesaria en la obra que va realizando la actitud interrogativa.

Entonces, la nada se presenta como el lienzo en donde se van dibujando las mundaneidades. Y a la vez es el lápiz que va dibujando en dicho lienzo. Es la que va demarcando las figuras. Pero no se mueve ella sola. Es la consciencia libre, la que va moviéndola por aquí o por acá. Ésta va apuntalándola para remarcar mejor lo que le entusiasma más, como también es la que simplemente se queda contemplando por un momento el desarrollo de la obra propuesta. Es así, como la nada se convierte en el lápiz, el pincel, la pintura. Pero a la vez es el lienzo, el papel, la plastilina; que necesita la guía eficiente y eficaz de la consciencia libre.

Las anteriores afirmaciones no desconocen el ser-ahí. Lo que está ahí como interpelante del ser humano es. Pero el mundo entendido como esa construcción humana, que es consecuencia de esa interpelación que se da entre la actitud interrogativa y la realidad, es el mundo que se puede dibujar sobre el lienzo de la nada utilizando el lápiz de ella misma. ¿Por qué? Porque el único fundamento de ese mundo es la consciencia libre del humano concreto. No hay nada externo a éste en el que pueda apoyarse.

La primera piedra del edificio mundano es una pregunta. Y específicamente la pregunta – respuesta. Entonces el mundo ha sido creado de la nada. No ha surgido de un juicio sino de una proposición. Ha comenzado a edificarse por el deseo de aprehender lo que está ahí, y no ha habido otro modo que la tensión constante de la pregunta – respuesta. El libre movimiento de la consciencia concreta del ser humano ha ido entretejiendo lo mundano.

Aquí se podría decir que se está haciendo referencia a un mundo teórico–conceptual, algo así como un mundo de las ideas; como si cada respuesta se va depositando en algún lugar y a este aglutinamiento de respuestas es a lo que se le puede llamar mundo. No. Es eso vinculado a la transformación de la materia existente, para la que el humano concreto ha dispuesto una explicación. Es todo lo que ha podido aprehender de la realidad, por medio de su actitud interrogativa.

La forma con la que el ser humano ha logrado aprehender la realidad es lo que se puede denominar mundo. Sin embargo, se puede apreciar algo muy importante. El mundo no es solo consecuencia; no se limita a ser el mero resultado de la confrontación: humanidad y realidad. Más bien, es la herramienta por la que puede ubicarse en ella como alguien existente. Desde ésta perspectiva, el mundo es mío, pero no es la realidad. La aprehensión es mía, pero lo aprehendido no es lo real. Y así, el mundo se contrapone a la realidad que sigue ahí, como inmune ante el intento del ser humano por sujetarla entre sus manos. Pero lo que él tiene entre sus manos es esa mundaneidad, de la cual tiene que hacerse cargo cada día de su existencia. La naturaleza, el planeta, el cosmos; junto a sus leyes y modo de existir, siguen ahí. Estos pueden ser modificados en ese constructo mundano pero no como existentes reales.

La respuesta o respuestas que constituyen el mundo, pueden aparecerse como algo extraño y ajeno. Por ejemplo, las respuestas que han dado los “viejos” se han convertido en presencias desconocidas para las nuevas generaciones que las observan como extrañas, como otras, y alguien del hoy puede decir: “no es algo mío”. Desde lo espacial, también se podría decir que aquellas respuestas que vienen de otro punto geográfico del mundo, diferente al aquí en el que se encuentra determinado sujeto, son otras. Y sería posible también decir: “no son mías.”

Desde la apreciación que se hace de la propia constitución humana, sea física o psíquica, ya se encuentran varias respuestas que podrían ser negadas y decir: “no son mías”. Por ejemplo, la reacción que tiene el cuerpo ante el calor o el frío; la adrenalina que se produce ante el peligro o el escalofrío ante algún tipo de fobia. Y aún más, cuando nos encontramos con el resto de seres humanos hay algo todavía más extraño, que no solo lleva a decir: “no es mío”, sino que se afirma: “no soy yo”.

Las respuestas que vienen de otro tiempo, de otro espacio, de otras partes de la propia constitución, de otros humanos concretos; van constituyéndose como ese mundo que “no es mío”, porque pertenecen necesariamente a “otro” u “otros”. Esta percepción supone una especie de diferenciación entre el mundo y el individuo concreto. Diferencia que puede observarse desde lo temporal, lo espacial, el yo y el otro. Así las cosas, ¿podría afirmarse una independencia entre ellos?

El sector del mundo para el que los seres humanos del hoy no han dado respuesta, porque ya se tienen las respuestas de los seres humanos del pasado, no puede concebirse como desconocido o inaprensible, pues si fuera de ese modo, a la humanidad le tocaría empezar de nuevo en cada individuo que viene al mundo, pero cuando nace alguien no se habla del principio de la vida humana sino de la continuación de ella. Podrá ser el inicio de ese sujeto en particular pero no el de la humanidad.

Esa parte de mundo que aparece como algo ya construido (respondido) les es posible a los “nuevos” humanos entenderlo por medio de los conceptos, de los constructos, de las teorías; las formas de expresar el mundo no es indiferente a la capacidad humana de pregunta – respuesta. Y desde esta capacidad lo que se muestra como otro es posible aprehenderlo, se

puede decir que la distancia que se establece entre el mundo que ya está ahí cuando el individuo viene a él, es nada.

La posibilidad de apropiarse del mundo mediante la conceptualización, manifiesta una distinción entre el constructor y lo construido, pero también una semejanza. Una distinción espacio – temporal , que genera una independencia, y que puede llevar a pensar a ese mundo como totalmente ajeno al constructor; y por otro lado, una semejanza dada por la expresión de lo mundano que le posibilita poder captarlo y continuar con su edificación, sin tener que regresar a colocar una primera piedra.

La diferencia – semejanza que se establece entre el mundo y la concreción humana, supone una aparente independencia. Esta supuesta independización es la que da una especie de soplo de vida al mundo y lleva a observarlo como algo completamente otro. La misma espacio – temporalidad hace ver a ese mundo como evolucionando, como cambiante e indetenible. A tal punto que ciertas personas lo juzgan diciendo que lo actual es mejor o peor, ante la referencia inmediata de eso que se supone ya pasado. Avanzar en la aprehensión del mundo hace parecer que es algo diferente a la naturaleza humana. Puede surgir la sensación de fascinación y miedo ante esa vitalidad del mundo.

Esa especie de vida que posee el mundo, permite mirarlo como un sujeto que maneja su propia libertad y ante el cual la consciencia humana no tiene ninguna responsabilidad. Pero, ¿quién ha establecido la diferencia entre lo mundano y lo humano? ¿Quién ha captado la semejanza que existe entre eso que está construido y el constructor? ¿Acaso lo ha hecho ese “mundo viviente”? ¿Acaso esos ladrillos han cobrado vida y ahora se proponen como consciencia libre ante la concreción del ser humano?

La interpelación del mundo es el modo como el ser humano aprehende lo que está ahí. Así, la nada se convierte en la afirmación del mundo como otro y como mío. Sin embargo, ella misma no proviene del mundo sino de quien hace posible nihilizar, que no es más que la concreción humana, ya explicada como ese movimiento interpelante. De alguna manera, el mundo materializa el modo de ser del ser humano. Pues, lo que en el ser humano concreto es movimiento en el mundo pierde la movilidad, pasando a ser parte del ser ahí. Pero, lo más propio del mundo no es el ser ahí, sino lo respondido. Puede ser que él se presente

como cuestionador, pero él es lo que ha sido respondido en otro tiempo, o por otros, o por lo que se responde en otro momento y en otro lugar donde habita quien trae la nada al ser.

3. LA RESPONSABILIDAD DE LA CONSCIENCIA LIBRE

3.1. EL MUNDO COMO LA AFIRMACION DEL HUMANO CONCRETO

A razón de lo que se ha dicho hasta el momento, pareciera ser que la humanidad y la mundaneidad no se contraponen. Todo lo contrario, ellas se implican a tal punto que no se podría hacer una escisión sin afectar a una de las dos. Pero habría que poner en su sitio a cada una, caracterizándolas desde lo que son. Así, la humanidad que se concretiza en cada persona es consciencia libre que construye el mundo, por lo tanto, es actividad pura y el mundo es consecuencia de dicha actividad, por lo que puede decirse que es pasividad en acto.

En este proceso de construcción del mundo, remitiéndose a la relación causa – efecto, se puede decir que, lo mundano es efecto de la concreción humana. Aquel mundo no tiene un sostenimiento en sí mismo, lo tiene en el artífice que lo pone al frente y lo convierte en parte del ser ahí mediante la distancia que cobra por medio de la nada que él mismo establece, así, lo que queda es la afirmación del humano concreto.

La afirmación de la humanidad sobre el mundo tiene que ver con la capacidad de decisión que posee cada individuo de la naturaleza humana. Aunque el mundo pareciera otro, es una extensión del ser humano que ha materializado, de alguna forma, su consciencia libre. Ya que la consciencia al salir a enfrentarse con la realidad crea un vínculo con ésta que se llama mundo. Pero éste es una afirmación del ser humano sobre el lienzo de la nada, que a su vez es también puesta en evidencia por el mismo constructor del mundo.

De esta manera, el humano concreto no puede escaparse por ningún lado del protagonismo que tiene en este movimiento. Las afirmaciones que componen el mundo son imagen y semejanza de la afirmación del sujeto que decide aprehender la realidad. El acto decisivo son las manos que moldean lo real convirtiéndolo en mundo. Por otro lado, él mismo

perfila ese mundo por medio de un acto nihilizador. Así, la concreción humana es acto puro, porque está en constante movimiento. Y así, más que acto, sería actuación pura.

Al hablar de pregunta – respuesta se hace alusión a la actividad constante del humano concreto, que a su vez pone su sello indeleble sobre el mundo. Éste es obra de sus manos, pero no como una cosa extirpada de su ser, sino como la continuación de su realidad humana, que como tal tampoco la puede asir y hacerla suya. Pareciera ser que en cada acto se afirma hondamente en lo mundano, y de ésta manera pareciera ser que humanidad y mundaneidad son dos caras de la misma moneda.

Entonces, la concreción humana no puede desentenderse de su “creación”. El mundo es tan suyo que la desvinculación de él por medio de un acto de abstracción nihilizadora lo puede ubicar en el vacío, en la nada existencial, que viene a ser la ausencia de ese mundo, pero que de ninguna manera significa la des – afirmación del ser humano. Cuando se ubica en la nada existencial es cuando el humano más afirmado está y por lo tanto puede hacer consciencia de la responsabilidad que tiene frente al mundo, que no asienta su existencia en otro lado más que en la concreción del que pregunta – responde siempre.

3.2. EL SER HUMANO RESPONSABILIZADO

Adentrarse en lo que significaría responsabilidad implica tener en cuenta la actitud interrogativa que el ser humano tiene frente al mundo, y de la que se desprende necesariamente una respuesta. Una respuesta que ha sido elegida y que por tanto pone en juego un conjunto de consecuencias desprendidas de dicha elección, que no pueden evadirse. Puede ser que las consecuencias permitan un mejor conocimiento de la realidad urgida de respuestas, puede ser que lleven a un mejoramiento de la calidad de vida biológica (humana, animal, vegetal); pero puede ser también que vayan en contra de lo que se considera bueno tanto para el individuo humano como para la humanidad en su conjunto.

A su vez, referirse a la responsabilidad parecería una especie de recriminación respecto a lo que hace el ser humano en el cotidiano vivir. Por eso la mayoría de las veces se dice a alguien: “debe ser responsable de sus actos”. Esa forma de ver la responsabilidad podría

ser interesante, si la responsabilidad solo tuviera que ver con un agregado ético a cada acción que se realiza, pero no es así. Si el ser humano es pregunta – respuesta siempre, entonces también es responsable de ese movimiento que genera la mundaneidad siempre.

Desde este punto de vista, la actividad constante de pregunta – respuesta está siempre cargada de responsabilidad. Y cuando la persona se encuentra en los momentos de nada existencial es cuando percibe en todo su sentido la responsabilidad que posee frente a cada pieza que ha puesto en el mundo. Cuando se atreve a contemplar la piel mundana que le rodea, puede sentir el mareo que le produce el peso de su actuación en la edificación de ese mundo que no es y nunca será ajeno a él.

Es en ese momento donde se percibe como sumo hacedor de todo lo que le rodea. El ser ahí sigue manteniéndose incólume, pero el mundo, obra de sus manos, puede seguirlo construyendo o puede desvanecerlo al mínimo acto nihilizador. Por lo tanto, la responsabilidad es la toma de consciencia de que ese mundo es el modo de aprehender la realidad y que no tiene vida propia. La irresponsabilidad sería pretender una evasión de esa construcción, ambicionando creer que fue algo o alguien más quién lo ha suscitado.

De ésta manera, la responsabilidad no es una percepción solamente ética respecto a un comportamiento positivo o negativo frente a determinado acto humano. Ella se refiere a la consciencia libre, que en su naturaleza no puede dejar de aprehender la realidad y tomar postura frente a ella. Se refiere a esa capacidad de entender que no hay otro fundamento para el mundo que la propia concreción humana. Entender no a nivel cognitivo sino a nivel existencial, donde se juega el horizonte de sentido vital cada miembro de la condición humana. Así, la responsabilidad apunta a la integralidad antropológica y no solamente a la valoración moral de actos por separado.

En este punto, es posible hacer referencia a la piedra angular que sostiene la edificación del mundo. Los cimientos que sostienen todo el edificio mundano son las elecciones decisivas. La tensión pregunta – respuesta origina una necesidad de elegir algo de lo que se presenta ahí al frente. La presencia de lo que está ahí le obliga a tomar una decisión, que necesariamente tiene que ver con la negación o la afirmación de eso. Así, cada acto electivo decisivo es responsabilidad plena. Responsabilidad que no se denota solo en lo

afirmado sino también en lo negado, y también queda desvelada en su totalidad la consciencia humana.

El humano condenado a ser libre, puesto desde la perspectiva de la responsabilidad, se presenta como humano responsabilizado. De ésta manera se puede desatar de la condena, para ser consecuente con su propia naturaleza, ya que si ser libre es su esencia, de la misma manera, hace parte de su esencia el hecho de la responsabilidad. Entonces, la existencia humana no se puede encerrar, y tender a la quietud desesperante de saberse capaz de elegir. Todo lo contrario, dicha posibilidad lo pone en constante apertura hacia el mundo que él mismo construye libremente, de ésta manera puede apropiarse de él, y decir: este es mi mundo. Esta aprehensión es lo que llevaría a denominar al ser humano como responsabilizado.

Sin caer en un esencialismo, se puede decir que la libertad está en la esencia misma del ser humano, entendiendo como esencia aquello que lo constituye en su naturaleza y que puede ser observado en el conjunto de actos que realiza, partiendo por supuesto de determinada decisión. Ahora bien, esa actuación conlleva unas consecuencias que no puede evadir. El modo como asume las consecuencias de sus actos es lo que lo definen como ser humano responsabilizado. Hay que recordar que no se trata solo de una alusión a lo positivo sino también a lo negativo. En otras palabras, hacerse cargo o no de las consecuencias es responsabilidad propia del ser humano. Sin embargo, podría decirse que la responsabilidad es algo que no se le puede adjudicar a todos los seres humanos, sino a aquellos que han sido conscientes de sus actos al realizarlos. Pero eso colocaría a cada uno tirando para su lado, convirtiéndose en un intento de evadir lo que viene después del acto.

Decir el ser humano es hacer referencia a toda la especie humana, que se ve afectada por las decisiones tomadas o no de cada uno de los miembros que la constituyen. Eso significa que, el individuo humano no puede apartarse de la especie a la que pertenece. Esa imposibilidad se convierte automáticamente en un argumento más que justifica a la noción “humano responsabilizado”. Si bien es cierto que no se puede salir de la libertad, tampoco es factible salirse de la responsabilidad.

Ni siquiera el apartamiento total de la sociedad haría de un individuo inocente respecto del actuar ante el resto de la humanidad, ya que dicho apartamiento es la respuesta que determinado sujeto decidió darle al grupo humano al que pertenece. Así, la desvinculación también afecta a lo que le rodea y esa afectación hace parte del ser responsable, por lo tanto, debe asumir las consecuencias que se desprenden de dicho acto, que en sí es un rompimiento de la relación establecida con la constitución de “su mundo”.

3.3. LA RESPONSABILIDAD DE LA CONSCIENCIA

En la tensión pregunta – respuesta que se da en el humano concreto no hay nada ni nadie que afirme o niegue algo. Es esa misma concreción la que elige afirmar o negar esto o aquello. Y ¿cuál es esa concreción? Es la consciencia humana, que no solo introduce la nada sino que también introduce una afirmación. Así, cuando la consciencia se encuentra con lo que está ahí, ella puede decir no soy esto o aquello, y al hacerlo, lo primero que hace es afirmarse como diferente de lo que está ahí en frente. Esa consciencia de lo que está ahí se enmarca en el telón de fondo de la nada que ella misma ha introducido al negar lo que, por el momento, no es de su interés. Así, “...la consciencia no es meramente aniquilación, sino tanto afirmación como negación del ser.” (Luypen, 1967, pág. 108)

La consciencia, al dar una respuesta, ha dado ser a esa respuesta sobre el telón de fondo de la nada, que está constituido por las preguntas no respondidas. Pues necesariamente ha abandonado lo que no le interesa para centrarse en aquello que ha llamado profundamente su atención. Y en éste punto no solo se puede hacer referencia a una mera observación científica, sino a cualquier evento que se presente frente al ser humano. Éste conjunto de respuestas van dejando a la mano lo afirmado y a su alrededor lo negado.

Esta visión de la consciencia permite entender la distancia que existe entre lo que se presenta frente a ella y ella misma. Existe una “...no – identidad con el algo de que se trata.” (Luypen, 1967, pág. 109) Esta no identificación con lo demás ya es la nada que de alguna manera enmarca su consciencia de no ser ningún objeto; ningún otro que está al frente. Aquí viene un primer acto de responsabilidad hacia ella, pues puede quedarse centrada en ella misma contemplando lo que no es. O lanzarse hacia fuera para poder

captarse como la única capaz de afirmarse o negarse, de afirmar o negar lo que está frente a su mirada.

En este lanzarse y regresar es que ella misma (la consciencia) puede captarse como pregunta – respuesta. En este movimiento puede darse cuenta que nada ni nadie puede preguntar – responder algo sobre ella o sobre lo que está ahí. Aquí viene el segundo acto de responsabilidad que es hacia lo que está ahí al frente. Lo que acoge por medio de la pregunta y lo afirma o lo niega por medio de la respuesta es únicamente responsabilidad de ella. Es a ella a la que le corresponde dar existencia a esas cosas que se encuentran ahí, por medio de la afirmación o mantenerlas en la nada.

Ahora bien, en esa actitud interrogativa y responsiva, la consciencia se va a encontrar con otra consciencia, a la que no va a poder por más que lo intente dejarla en la nada. Puede cosificarla en su conocimiento, pero no en la existencialidad que ésta posee. Este tercer acto de responsabilidad, realmente puede decirse que es el primero⁶. Ya no es hacia la propia existencia individual en que puede quedarse ensímismada, tampoco hacia las cosas que no pueden preguntarse y responderse en ella misma, sino de otra consciencia que la confronta desde su propia actitud interrogativa, y que al darse cuenta que es la única que puede preguntar – responder, se ensaña hasta imbricar una existencialidad que supera dicha consciencia individual. De alguna manera la pregunta – respuesta ya no es meramente “mía” sino “nuestra”.

Es cierto que “no sólo la naturaleza corporal, sino el total y concreto mundo circundante de la vida, es desde luego para mí mero fenómeno, mera apariencia de realidad, en lugar de realidad.” (Husserl, 1942, pág. 34) Y de alguna forma desentenderse de todo ello sería a penas lógico, pues “os demás hombres y los animales sólo son para mí datos de la experiencia, en virtud de la experiencia sensible que tengo de sus cuerpos, de cuya validez no puedo servirme, puesto que también ella está en cuestión.” (Husserl, 1942, pág. 34) Sin embargo, la consciencia es consciencia de lo que está ahí, de lo otro que está ahí, de los otros que están ahí. Por lo tanto, el desentendimiento lógico es superado por el entendimiento consciente del ser humano.

⁶ Cuando se dice primero no se está haciendo referencia al orden, sino al nivel de importancia que tiene el encuentro con el otro, que también posee una consciencia y por tanto una actitud pregunta respuesta igual.

El “poner entre paréntesis” el mundo objetivo, no nos coloca, pues, frente a una pura nada.” (Husserl, 1942, pág. 37) Más bien es “...el método radical y universal por medio del cual me aprehendo como un yo puro, con la vida de consciencia pura que me es propia, en la cual y por medio de la cual el mundo entero es para mí, y es precisamente tal como es para mí.” Y ese “para mí” no puede ser más que el conjunto de respuestas que se han dado, que se dan y se seguirán dando, y que van decidiendo el mundo del cual se es responsable.

Entonces, cuando la consciencia hace de lo que está ahí (sea cosa, animal, otro humano o ella misma) algo “para mí”, inmediatamente se hace responsable de eso.

Toda lo perteneciente al mundo, toda la realidad espacio – temporal, existe para mí, es decir, vale para mí, y vale para mí porque la experimento, la percibo, me acuerdo de ella, pienso de alguna manera en ella, la enjuicio, la valoro, la apetezco, etc. (...) Yo no puedo vivir, ni tener experiencia, ni pensar, ni valorar, ni obrar dentro de ningún otro mundo sino aquel que tiene en mí mismo y de mí mismo su sentido y su valor. (Husserl, 1942, pág. 37.38)

Por lo tanto, el humano concreto tiene responsabilidad ante el mundo. El sentido y el valor que tiene el mundo se remite al conjunto de respuestas que ha dado o no. En esa tensión pregunta – respuesta se gesta la responsabilidad como efecto inmediato, y no queda más que afrontar las consecuencias. Y esto no es amenazante, pues ellas vienen de la afirmación o negación que hace el humano concreto dentro de la realidad. Éste no puede delegar “la culpa” a algo o alguien diferente a él mismo.

3.3.1. La condena a la libertad fundamento de la responsabilidad.

El hablar de la responsabilidad conlleva necesariamente dirigir la mirada hacia la libertad. Y con toda razón, si es que se ha dicho que el humano concreto no puede referirse a nadie más que a él mismo, cuando se trata de elegir. Dicha elección es consecuencia de un acto, “...el acto es expresión de la libertad.” (Sartre, 1966, pág. 542) Por lo tanto, la libertad es el fundamento de la responsabilidad⁷.

Desde ésta perspectiva, la responsabilidad no puede sostenerse más que en el conjunto de actos que realiza el humano. Actos que resultan de la respuesta que ha dado a las preguntas que se ha hecho desde todos los niveles. Sin embargo, la existencia exige una respuesta fundamental, ya que el ser humano “...tiene consciencia de que la explicitación de la vida del hombre como “tener-que-ser” lo obliga a buscar una respuesta al interrogante que se plantea todo ser auténticamente humano: “¿Qué tengo que ser?” (Luypen, 1967, pág. 249)

La respuesta a éste interrogante es la que tiene que ser responsable. Teniéndose en cuenta a sí mismo, teniendo en cuenta lo otro y a los otros. Es cierto que el ser humano toma consciencia en su singularidad cuando se capta conscientemente libre, y es capaz de decir: “mi libertad” (Sartre, 1966, pág. 543). Pero ésta aprehensión de su libertad no puede concluir en un egoísmo que lleve a ver la existencia como nauseabunda, ni tampoco hacia un desentendimiento del resto del mundo. Así, “Son el actor colectivo y el acto colectivo, no el actor individual y el acto individual, los que aquí representan un papel; y es el futuro indeterminado más que el espacio contemporáneo de la acción el que nos proporciona el horizonte significativo de la responsabilidad” (Jonas, 1995, pág. 37)

Entonces, reflexionar sobre la responsabilidad lleva a pensar en la libertad que no puede captarse más que en el acto. De ésta forma, el actuar no puede desprenderse de la libertad. De ahí que se pueda afirmar con gran severidad: “estoy condenado a ser libre” (Sartre, 1966, pág. 545). Así, la libertad no es un añadido a la acción. Es en la que se funda toda

⁷ “Aunque algunos autores (como Simmel) mantienen que la libertad es definida por la responsabilidad la gran mayoría de los filósofos está de acuerdo en que el fundamento de la responsabilidad es la libertad de la voluntad”. (Ferrater, 1981, pág. 2582)

respuesta, de la que se desprende un yo, y respondo por mí, por lo otro y por los otros. ¿Ante quién? Ante mi consciencia responsablemente libre.

3.3.2. Los actos libres.

La mayoría de las personas tienden a justificarse en su libertad para realizar algo que vaya a favor de sus apetencias, y cuando sus acciones son vergonzosas les queda mejor decir que fueron condicionados por algo o alguien. Pero las acciones que se realizan voluntariamente o involuntariamente tienen la misma fuente (Aristóteles, 2007, págs. 72 - 73): la consciencia. Así las cosas, se puede plantear la siguiente pregunta: ¿acaso no existen condicionamientos para ejercer la libertad?

En primer lugar, se puede decir, que la libertad no puede pensarse como una cualidad humana que le permite a cualquier individuo hacer lo que quiera, cuando quiera y como quiera, pues si fuera así, ella se saldría de la constitución racional propia del ser humano. En el actuar libre el ser humano tiene que elegir, y el proceso de la elección necesariamente tiene que ver con un proceso de raciocinio. “En efecto, la elección no es común también a los irracionales,” (Aristóteles, 2007, pág. 73) porque ellos no realizan una deliberación que vaya más allá de las meras conveniencias biológicas (supervivencia, alimentación, conservación de la especie).

Siempre se puede hablar de actos libres, pues la persona que elige lo hace dentro de unas posibilidades, dentro de unas estructuras que lo llevan necesariamente a elegir. La elección es un acto, del cual se puede hacer una abstracción solo hasta después de haberse realizado. De ahí, que en ciertas circunstancias, pareciera que la mayoría de los actos no son libres, y por lo que en determinadas ocasiones el ser humano le parece más fácil no responsabilizarse de ellos.

Por otro lado, se ha pretendido colocar la libertad en una dimensión completamente a parte de la consciencia, pero “...como tal, soy consciencia (de) libertad,...mi libertad no es una cualidad sobregregada o una propiedad de mi naturaleza: es exactísimamente, la textura de mi ser.” (Sartre, 1966, pág. 544) La contemplación del actuar, muestra la libertad, que

necesariamente se desprende de la consciencia y que a su vez lleva a una absoluta responsabilidad de lo que se hace.

3.4. LA RESPONSABILIDAD COMO LA HIPÓSTASIS DE LA LIBERTAD Y EL ACTO LIBRE

Así, los actos libres que necesariamente pertenecen a la consciencia, toman distancia y pareciera que fueran ajenos a la persona. Este parecer, la mayoría de las veces, convierte al sujeto libre en irresponsable de lo que hace, y en el intento por responsabilizar de las consecuencias a quien hizo esto o aquello, la gente afirma que lo que importa es la intención. Sin embargo, ésta recurrencia, hace que el acto libre quede totalmente desvinculado de la persona. Y la mirada se pone en algo que es completamente imperceptible a los ojos de cualquier ser humano, y habrá que esperar a una manifestación verbal del sujeto en cuestión para poder juzgar si es responsable o no.

Mientras tanto se siguen desencadenando una serie de consecuencias positivas o negativas, sea para un individuo, para un grupo o para la humanidad entera. Y como parece no haber nada entre el sujeto que actúa y el acto, se empiezan a buscar responsables en otro lado, dejando de investigar a quien causó esto o aquello. Para algunos, esa misma nada es la que cobra existencia y se vuelve propiciadora de acciones, y se va cayendo en una personificación de los conceptos, algo así como un antropomorfismo.

Más arriba se dijo que quién responde ante el sinnúmero de interrogantes que provienen de la actitud interrogativa es el mismo ser humano. Esta acción de interrogar, y a la vez dar una o varias respuestas, es lo que puede considerarse como la consciencia que viene a construir el mundo con el conjunto de respuestas que va dando. Pero, si es una acción (preguntar – contestar), está implícita la libertad, y si ésta “...es exactísimamente, la textura de mi ser” (Sartre, 1966, pág. 544), no se puede hacer una escisión absoluta entre el acto y la persona. Si así fuera, ella no podría decir del mundo “es mío”.

Desde esta perspectiva, se puede decir que, la nada existente entre el acto y el actuante, es la responsabilidad. Así, la necesidad de seguir respondiendo al mundo, que se sigue presentando como un continuo interrogante, es lo que hace que el ser humano sea el único

responsable de aquella estructura levantada sobre las soluciones que ha ido dando a las diferentes cuestiones que le han surgido. Se puede decir que la responsabilidad es como la hipóstasis en donde se encuentran la persona y su actuación, la pregunta y la respuesta, la libertad y el acto libre.

Parece conveniente utilizar la palabra hipóstasis, pues con la evolución que tuvo dicho término con los teólogos cristianos, significa persona (Ferrater, 1981, págs. Cfr. 1513 - 1514). Si bien es cierto que en el lenguaje teológico se refiere estrictamente a la Persona del Verbo Encarnado, donde habitan la naturaleza humana y la divina, también se puede emplearla en el lenguaje filosófico, y para referirse a la persona humana.

En el caso que se viene analizando, donde parece haber división entre el acto y al actuante, pareciera que viene bien decir que no existe dicha separación, aunque si se puede observar la distinción. De esta forma, la persona y sus actos se distinguen pero no se dividen. De ahí que la persona pueda apropiarse de lo que hace y afirmar: yo lo hice, yo lo dije, yo lo respondo. Esto quiere decir que los actos, las palabras y sus respuestas son tuyas. Si hubiera una tajante división no podría realizar dicha apropiación.

Por otro lado, una persona no puede darse en el mundo sino a partir de lo que dice y de lo que hace. Son sus actos los que van configurando a este o a aquel sujeto personal. De la misma forma que va construyendo el mundo personal. Si los actos se independizaran completamente de quien los hace, habría que decir que el ser humano es una máquina que va produciendo actos, al modo de una maquina que hace helados. Sería como un motor que lo único que hace es generar movimientos, sin importarle más que eso.

En este contexto, los actos libres del humano concreto, no pueden entenderse como meros movimientos físicos (comer, correr, trabajar, etc.); ni solamente como raciocinios, producto del pensamiento y de la capacidad intelectual, o como simples actitudes emocionales, consecuencia de un sentimiento. Cuando se dice: actos libres del humano concreto, se está aludiendo a esa integralidad del pensar, del sentir y del obrar físico. Y las afirmaciones: persona y actuación, pregunta y respuesta, libertad y acto libre; quieren mostrar la totalidad de dicha integralidad.

Ahora bien, esa integralidad no puede presentarse como la compleja percepción de lo que es el ser humano y no más. El ser humano es consciente de dicha integralidad. “El animal tiene, pues, consciencia a distinción de la planta; pero no tiene consciencia de sí, [...] El animal no se posee a sí mismo, no es dueño de sí;” (Sheler, 1938, pág. 68) en cambio el ser humano si tiene consciencia de sí, por lo que no puede dejar de apropiarse de las respuestas que va dando a eso que está ante su presencia.

Es en esta consciencia de sí, que el ser humano puede tener angustia, porque ya no puede acudir a nada más que a él mismo para sostener el edificio del mundo, y tendrá que afirmar: “Estoy lleno de angustia: el menor gesto me compromete.” (Sartre, *La Náusea*, 9ª edición, 2000, pág. 46). Así, puede declinar en la náusea, pues, eso que está al frente supuestamente separado y diferente de su persona, es de su propiedad. Sin embargo, ese acontecer náuseabundo es un intento fallido de irresponsabilidad, porque él y solamente él le ha dado nombre, le ha dado un sentido, le ha dado una respuesta. Y el lazo que une a estos distintos, pero no divididos, es la responsabilidad.

En la responsabilidad se unen hipostáticamente la libertad y el acto libre. De esta manera se genera el ser humano responsable, que no puede negar lo que es suyo. Él no puede volverse indiferente ante lo que lo constituye como uno solo.

CONCLUSIÓN

Al finalizar se puede decir que el ser humano no es estático, que su forma de conocer y aprehender el mundo es dinámica. Él mismo es capaz de darle respuestas a la realidad que le acontece a cada momento. La complejidad del mundo es el resultado de esa capacidad humana de darle sentido a todo lo que existe. Los objetos que se presentan a la mirada del ser humano parecen solicitar una respuesta, sin embargo, dicha solicitud nace de la actitud interrogativa que posee la concreción humana, que a su vez es la fuente de donde mana toda contestación.

Esta única fuente de donde surgen tanto las preguntas como las respuestas deja claro que no hay un alguien invisible proponiendo algo a favor o en contra de la humanidad. Cada palabra pronunciada y cada acto realizado vienen de un humano concreto. Así, la problemática generada en la consciencia libre se visibiliza en la estructuración de la mundaneidad. El mundo es una construcción humana que se sostiene en cada pregunta – respuesta dada de forma decisiva.

Entonces la nada no es más que una forma de relacionarse con el mundo. El ser antecede a la nada, y esta ingresa al ser por medio de la libre elección de la concreción humana. La nihilización del mundo solo es posible desde la libertad que ejerce cada individuo. Sólo él puede colocar sobre el telón de la nada lo que por el momento no es de su interés.

Otra de las cosas fundamentales que puede extraerse al final de esta pequeña reflexión, tiene que ver con el misterio que encierra la persona. Cada uno es capaz de crear un mundo sobre esa realidad que está ahí. Esa creación es obra solo de sus manos, por lo que cada problema social, cultural, político, económico, ecológico; debe tratar de resolverlo sin dejarlo a la deriva como buscando que llegue una fuerza extraña a tomar las riendas de lo que le pertenece en esencia.

Así, la responsabilidad para con el mundo se sostiene en la consciencia libre de cada uno de los seres humanos que viven en este planeta. En cada acto humano se realiza aquello que se puede denominar como “bien” o aquello que puede denominarse como “mal”. No hay nada ni nadie a quien culpabilizar de lo que ocurre como consecuencia de una decisión tomada libremente.

Es cierto que las condiciones que existentes pueden llevar a equivocaciones, pero la equivocación implica una elección que se hace en lo íntimo de la consciencia, de ningún modo se da fuera de ella. De ahí que, ni siquiera en ese momento la persona puede irresponsabilizarse de su actuación. Por esa razón, la responsabilidad no es accidental es una con el acto realizado, que en sí es por el que se construye el ser humano concreto.

Sería conveniente continuar con la presente reflexión, tratando de profundizar lo concerniente a la angustia y la náusea, que son dos conceptos que no se desarrollaron demasiado en la presente disertación, y que podrían observarse desde una perspectiva positiva, descargando esa negatividad con la que siempre se lo ha tachado, ya que son actitudes propias de esa dinámica pregunta – respuesta que constituyen a cada ser humano.

BIBLIOGRAFÍA

- Aristóteles. (2007). *Éyica Nicomaquea*. Barcelona: Editorial Gredos.
- Bronowski, J. (1997). *Los orígenes del conocimiento y la imaginación*. Barcelona: Gedisa, S.A.
- Descartes, R. (1963). *Meditaciones Metafísicas*. Buenos Aires: Aguilar.
- Descartes, R. (1997). *Meditaciones Metafísicas*. Medellín: Cometa.
- Ferrater, J. (1981). *Diccionario de Filosofía, Tomo 4, Tercera edición*. Madrid: Alianza Editorial.
- Giovanni, R., & Antiseri, D. (2001). *Historia del Pensamiento Filosófico y Científico. Antigüedad y Edad Media, Tomo I*. Barcelona: Herder.
- Husserl, E. (1942). *Meditaciones cartesianas*. México: El Colegio de México.
- Jonas, H. (1995). *El principio de la responsabilidad. Ensayo de una ética para la civilización tecnológica*. Barcelona: Herder.
- Lacroix, J. (1971). *Marxismo, existencialismo, personalismo*. Barcelona: Fontanella.
- Luyten, W. (1967). *Fenomenología existencial*. Buenos Aires: Ediciones Carlos Lohlé.
- Sartre, J. P. (1966). *El Ser y la Nada. Ensayo Ontología Fenomenológica*. Buenos Aires: Losada.
- Sartre, J. P. (2000). *La Náusea, 9ª edición*. México: Época.
- Sheler, M. (1938). *El puesto del hombre en el cosmos*. Buenos Aires: Losada.
- Wikipedia. (2 de Octubre de 2012). *Wikipedia*. Obtenido de Wikipedia: <http://es.wikipedia.org/wiki/Singularidad>